



NUM. 18.

MADRID, 30 DE SETIEMBRE DE 1857.

AÑO I.

## MEJICO.

### LOS INDIOS.

**E**s innegable que aquella raza indómita y guerrera que tan obstinadamente luchó contra las fuerzas aliadas del intrépido cuanto gran político Hernán Cortés: aquella raza que contaba entre sus emperadores con hombres del temple de Guatimoc, que sufriendo con heroicidad el tormento del fuego y sintiendo abrasar las plantas de sus pies sin exhalar un gemido, solo despegó sus labios para decir á uno de sus guerreros que se quejaba; *¿estoy yo acaso sobre una alfombra de rosas?* Es innegable, repito, que aquella valerosa y arrogante raza, ha degenerado completamente. A la intrepidez, arrojo y patriotismo que entonces desplegaron los hijos de aquella encantadora region, han sucedido la humildad, la timidez y la desconfianza. Al tornarse de conquistadores en conquistados, debieron sentir sin duda tanto el dolor que experimenta el valiente de verse vencido, que el desaliento y la tristeza forman sin duda los poderosos agentes que operaron ese cambio repentino que se notó en ellos desde los primeros años de la conquista. Se creyeron superiores á todos los pueblos; y al perder su libertad, desapareció el encanto que les prestaba aliento y brio; se desvaneció la dulce ilusión que los alimentaba, y viendo que hasta sus dioses eran inferiores al Dios de los que luchaban contra ellos, se entregaron á esa desesperada indiferencia en que cae el hombre cuando llega á convencerse de la incurabilidad de sus males. Mientras creyeron en sus tradiciones, mientras tuvieron á su lado valientes emperadores que los condujeron al combate; mientras creyeron en el poder de sus dioses y en la influencia que con ellos ejercían los sacerdotes, lucharon con una constancia que asombró al mismo Hernán Cortés. Pero cuando viéndose vencidos llegaron á persuadirse de que sus tradiciones descansaban sobre una base falsa; cuando vieron aherrojados á sus emperadores casi divinizados

por ellos hasta entonces; cuando se persuadieron de que sus deidades eran impotentes, y que sus sacerdotes carecían del influjo divino de que los creían revestidos, cayeron en ese abatimiento que cambia la naturaleza del hombre, y que es el virus mortífero que inculca á las generaciones que van á sucederle.

He aquí, á mi juicio, la causa de ese cambio que se nota entre la raza primitiva y la presente. Podré muy bien equivocarme; pero, en mi concepto, no reconoce otro origen esa transición violenta que se operó en el antiguo imperio azteca.

Comparemos hoy el carácter de los indios de esas tribus salvajes que caen como un torrente sobre las provincias de Durango y Zacatecas, arruinándolas y devastándolas, con el carácter del indio que admitió el influjo de los conquistadores, y veremos que los primeros son arrogantes, valientes, robustos, sufridos, astutos y altaneros, á la vez que el segundo es sumiso, débil, apocado y falto de energía.

La independencia es á las naciones, lo que el sol á las plantas; necesitan de su fuego vivificador para que no se hiele la raíz que las nutre y fortalece. Verdad es que los indios han recobrado su independencia desde que Méjico se emancipó de su metrópoli; pero á las sociedades que perdieron una vez su libertad, les acontece lo que á las flores arrancadas del pensil en que crecían libremente, y que se colocan en brillantes bombas de cristal dentro del retrete de alguna hermosa; estrañan las brisas puras de la campiña y crecen débiles; y cuando vuelven á ser colocadas en el lugar de que fueron arrancadas, se encuentran ya tan lánguidas, que nada puede prestarles su pasada galanura.

Los reyes españoles vigilaron con un amor verdaderamente paternal, desde los primeros años de la conquista, por la conservación y bienestar de los indios; y las leyes de Indias son un monumento que honrará siempre á nuestros monarcas. Empero estos cuidados, dignos por cierto de elogio, podían considerarse como los que prodigan los botánicos en la helada Rusia á las plantas de países cálidos que crecen sin fuerza en los invernáculos en que las han colocado.

Los indios habían cambiado, no por grados, sino de repente, de religion, de creencias, de costumbres, de trages, de Dios y de ceremonias: vieron naufragar su imperio entre la sangre vertida por los intrépidos guerreros que lo defendieron, y levantarse otro sobre la roja espuma, como se levanta un bajel sobre las mismas olas que acaban de sepultar en su seno otra velera embarcación que poco antes se deslizaba serena sobre el húmedo

elemento; vieron suceder á sus *teocallis*, templos católicos magestuosos; á sus queridos penates, las imágenes de los santos; á sus arraigadas costumbres, otras nuevas que habían importado de Europa sus dominadores; y al cambiar de posición social, cambiaron también de carácter y hasta de fisonomía, que á tanto se estiende el influjo que ejerce la parte moral sobre la física.

Hecha esta ligera indicación para aducir de un hecho cierto, consecuencias exactas que revelen las causas de ese cambio notable que todos advierten en la raza de los antiguos aztecas, pasemos á ocuparnos de lo que hoy son esos descendientes de Moctezuma y de Guatimoc.

De los siete millones de habitantes que cuenta la nación mejicana, cuatro y medio millones son indios; gente dócil y pacífica que nunca toma participio en las convulsiones políticas que agitan aquella sociedad, y que sin cuidarse de los cambios de gobierno que se suceden unos á otros con tan lamentable frecuencia, no hacen mas que obedecer á las autoridades constituidas por el partido que triunfa. Los indios son el mueble de traspaso que mudan de señor sin quejarse, sin oposicion, con ese indiferentismo originado de su ninguna ambición y de sus limitadas exigencias sociales. Acostumbrado el indio á mirar á la raza europea como á superior en todos los ramos que abraza el saber humano, y hasta en dotes físicas, no se ha creído con derecho para intentar nivelarse con los descendientes de los españoles que han sido los que, desde que se consumó la independencia hasta el presente, han regido los destinos de la patria.

Constituidos los indios por sí mismos mas bien que en libres ciudadanos, en voluntarios siervos de la sociedad, no han aspirado jamás á salir del círculo en que se colocaron despues de la conquista, y ven sin envidia repartirse el mando, los empleos y los destinos, entre los descendientes de sus antiguos dominadores, que son, ademas, los que tienen en sus manos todos los ramos del comercio, de las ciencias, de la enseñanza, de la industria, de las artes y la propiedad.

El indio tiene formado tan bajo concepto de sí mismo, que se juzga destituido de razon, pues solo cree dotadas de tan alta facultad á las personas que no pertenecen á la esfera en que ellos se han colocado.

Esta estremada humildad nunca desmentida, y esa ciega obediencia hácia todas las determinaciones tomadas por los gobernantes, han sido dos virtudes que se han convertido en sus mas poderosos contrarios; virtudes que han llevado sobre él males sin número, virtudes que han acumulado sobre los pueblos indios miseria y



lágrimas, y que han dejado eriales los campos. Veamos cómo.

No bien suben los hombres de cualquier color político al mando, cuando ruge por todas partes la tempestad producida por el amalgama de todas las fracciones vencidas que, impulsadas por el viento de la ambición, amenazan sumergir en un abismo insondable á los que conducen la nave del Estado. Los gobiernos, semejantes al naufrago que anhela salvarse, dirige la vista á su derredor, y no hallando gente sumisa y fiel sino en los indios, decreta una leva que se extiende á ellos, y les arranca del campo, de sus hogares, de sus haciendas y del lado de sus familias, convirtiéndoles en soldados que le defiendan. Ved aquí, como antes dije, convertidas su estremada humildad y su ciega obediencia en sus mas contrarios enemigos.

En Méjico no está establecido el sorteo, y nadie sirve en el ejército mas que los indios; sin que para vestirles el uniforme medie otra formalidad que la de sacarles de su casa, ponerles una cuerda al brazo, y traerles á la capital donde se inscribe su nombre. Y ved aquí otra vez, cómo su estremada humildad y su ciega obediencia, son virtudes que los hacen inferiores á los demás ciudadanos que están exentos del servicio militar.

Los indios tienen la tez cobriza, largo, negro y lacio el cabello que muchas veces lo llevan trenzado con cinta de colores, junta y poblada la ceja; nada de patilla, y escaso el bigote y la perilla, los pocos que cuentan con tal adorno; son bien formados, sueltos y ligeros; tienen ojos grandes y negros; gruesos labios y encendidos, nariz chata, y dientes blancos como el marfil. El traje que usan es: pantalon poco largo de gamuza, abierto por los lados que llaman *calzoneras*, sostenido por un ceñidor ordinario; sombrero de petate de anchas alas, sandalias, ó *guaraches*, como dicen los indios, sujetas al pié, que lo llevan sin media, por medio de ligeras correas de cuero; camisa de algodón que hace á la vez los usos de chaqueta, una frazada de poco valor, hecha por ellos que desempeña los oficios de capa. La mayor parte son labradores que sirven de peones en el campo, ó que se dedican al cultivo de algunas tierras propias, de poca estension, en que siembran primeramente el maíz, que es su principal alimento, crían gallinas, marranos y pavos llamados *guajolotes* que conducen á las grandes poblaciones para su venta. Nadie es capaz de calcular los bienes sin cuento que á la sociedad mejicana resultan de que los efectos de primera necesidad estén al cuidado y en poder del indio. Si los que han empuñado las riendas del gobierno, en todos los partidos, hubieran meditado sobre las ventajas que á la nacion en general resultan de esta circunstancia, lejos de cogerlos por fuerza para el servicio de las armas, hubieran dictado providencias benévolas que sirvieran para dar mayor impulso al aumento de esa raza, digna de todas las consideraciones que la dispensó el emperador Carlos V, y del amor con que la miró siempre el inmortal Fr. Bartolomé de las Casas, conocido por el Padre de los indios.

Sin exigencias y sin ninguna de esas necesidades creadas por el lujo y el regalo; haciendo una comida frugal que se reduce á *frígoles* (judías), *chile* (pimiento) y á un poco de maíz molido de que hacen *tortillas*, que es el pan que consumen; reducidos á vivir en humildes cabañas construidas por ellos; sin criados á quienes pagar ni acémilas que mantener, porque ellos mismos llevan á cuestas sus mercancías á las ciudades, los indios, por todas estas circunstancias, llegan á vender sus producciones con una utilidad tan corta, que ni aun el nombre de ganancia debiera concedérsele. Y ved aquí cómo los efectos de primera necesidad, causa de las revoluciones de otros pueblos cuando encarecen, se mantienen allí á un precio sumamente bajo, que ahorran á los gobiernos cuidados de alta trascendencia, y á la sociedad miseria y lágrimas.

El indio que vive á catorce ó diez y seis leguas de la capital, emprende su viaje á esta desde su pueblecillo, sin mas objeto que el de vender algunos efectos, cuyo valor no ascenderá tal vez á media docena de duros. Quesos, huevos, gallinas, chorizos, longanizas, hé aquí lo que él mismo, sobre sus espaldas, va cargando, y que como nada gasta en su viaje, ni aprecia en nada su trabajo personal, vende á precios sumamente bajos, pero que le bastan para atender á sus reducidísimas necesidades. En el grabado que acompaña al presente artículo, se ve al indio cargando su *guacal* (especie de cajón hecho de palos atravesados) por entre cuyos espacios asoman la cabeza los pavos ó *guajolotes* como los llaman en Méjico: á su lado está descansando su compañero, cuya mercancía se reduce á unas cuantas bateas de palo que le producirán una cantidad insignificante, y á la izquierda la india, todos exactamente dibujados.

Como nadie, sino esta pasiva clase de la sociedad, se ocupa en el corte de leña y en hacer carbon, estos artículos, lo mismo que todos los que pertenecen al indio, se adquieren á menos de la cuarta parte á que pudiera vender cualquiera que tuviese las exigencias que cuenta el labrador europeo. Pero no es solo esto, sino que aun resulta otra utilidad de que en el indio que no conoce necesidades de ninguna especie, estén los efectos de primera necesidad. Con él sucede lo contrario que con el labrador europeo. Este sube sus efectos cuando todo está caro en el comercio; y el indio, vice-versa, vende mucho mas barato cuando todo le cuesta á subido

precio. La esplicacion es sencilla. El europeo tiene necesidad de una regular casa, de buen vino, de excelente cama, de decentes vestidos. Al indio todo eso le sobra: vive en una humilde choza, en un clima primaveral donde no necesita ropa de abrigo, ni codicia mas alimento que maíz. Asi es que, cuando este está barato, puede mantener sus cerdos y gallinas con poco gasto, y no se afana por venderlos; pero cuando está caro, vende sus animales á bajo precio para no verse en la necesidad de mantenerlos.

Estraño el indio á la política y sin cuidados ningunos en el porvenir, vive tranquilo, sin reflexionar en el pasado ni pensar en el futuro: jamás habla de asuntos políticos, ni de la marcha que sigue el gobierno; ignora quién es el que manda y si está constituida en república ó monarquía su nacion. Libre, pues, de ese trabajo mental que destruye al hombre, el indígena mejicano jamás encalvece ni encanece. De aquí un adagio del país que dice:

Quando ya el indio encanece,  
El español desaparece.

Los indios, por efecto de su ninguna educacion, son altamente supersticiosos; creen en brujas, y evitan el que ciertas personas que están designadas como poseídas de espíritus malignos, los miren, porque dicen que hacen ojo, esto es, que con solo fijar la vista en cualquier objeto, lo rompen si es inanimado, y lo enferman para siempre si animado.

Los indios son fanáticos por las funciones religiosas. Nada hay para ellos que tantos atractivos encierre, como el día destinado á festejar al santo del pueblo. Todas sus economías de un año, que tal vez han tenido ocultas debajo de tierra, se destinan entonces á la compra de velas de cera, cintas de colores, banderolas y gallardetes, con que adornan el interior y exterior de la iglesia. Los puntos por donde ha de pasar la procesion, lo embellecen con arcos de frescas ramas, alternados con otros de olorosas flores; y en frente á la puerta del templo, colocan un castillo artificial que queman despues de la funcion, no sin que le hayan precedido millares de cohetes voladores, varias ruedas de fuegos artificiales al elevar la hostia, y algun *torito* hecho de tronadores cohetes, que lo quema uno corriendo con él á cuestas, al son del tambor, y que tanto que reir da á los espectadores. Pero entre sus fiestas religiosas, las que mas llaman la atencion son las que tienen lugar en la Semana Santa en ciertos pueblecillos de los alrededores de la capital, y á las que he concurrido muchísimas veces. Hé aquí minuciosa y exactamente descritas esas fiestas.

Antes de que llegue esa semana memorable en los anales de la cristiandad, los indios acuden á Méjico á proveerse de todos los objetos que juzgan indispensables para dar á la funcion aquel brillo que á dias tan remarcables corresponde. Lama de oro y plata de las mas esquisitas labores; albas finísimas; caretas de carton figurando las cabezas de los animales mas espantosos; castillos artificiales; instrumentos de viento; estandartes de mil colores; penachos de vistosas plumas, todo lo compran y llevan de Méjico con un placer que no lo cambiarían por ninguna otra felicidad del mundo. Por fin brilla la deseada aurora del memorable Jueves Santo; y el rajado esquilon de la iglesia que toca á vuelo, los cohetes voladores que se cruzan por la azulada esfera, la destemplada música de los indios que recorren las calles, la bulla de las indias que se asoman á las puertas de sus chozas; los gritos de los muchachos que tremolando cada cual en la punta de una caña, una bandera ó un pañuelo forman el vitor indispensable en tales fiestas, y el gran número de canoas que cargadas de gente cortesana van llegando al pueblo, anuncian que la hora de dar principio á la funcion de iglesia está próxima.

En este día el templo está adornado con millares de gallardetes de vistosos colores que cuelgan de la bóveda, muchos de los cuales sostienen en sus puntas, pintadas jaulas con lindísimos pájaros de brillantes plumajes, que no cesan de trinar un solo instante. Mil velas de blanca cera, en que están clavadas de trecho en trecho por ambos lados y á distancia como de dos pulgadas, pequeñas pajas de bálago, con banderitas de hojas de pan de plata y oro, ocupan todo el altar, guardando simetría con millares de naranjas adornadas de la misma manera. El efecto que esto produce á la vista, es admirable. Los raudales de luz que vierten las adornadas velas, sobre las temblantes banderas de oro y plata; el brillante color que adquieren con los matizados reflejos de aquella las fragantes naranjas; el continuo oscilar de los gallardetes y de las banderolas, halagados por el ténue viento que por la ancha puerta del templo penetra, y el continuo gorgoeo de los pintados pájaros que agitan sus brillantes alas en las doradas jaulas, forman un todo tan agradable, que no le es dado á mi humilde pluma encarecer suficientemente.

Pero apartemos la vista del adornado altar mayor que brilla como un gran río de oro y plata, bañado por los lucíferos rayos del naciente sol, para dirigirla por el resto del templo. Allí tienen ustedes un número considerable de naranjos colocados en pintados barriles, frondosas ramas y vistosas flores figurando el Huerto en que oró el Salvador del mundo. En medio de ese fingido huerto, se descubre de rodillas al inocente Jesús en actitud humilde y suplicante. Frente al púlpito se ostenta

una mesa en que están sentados los jueces romanos, representados por verdaderos indios vestidos con largas túnicas, entre los cuales, y ocupando un lugar principal, se ve á Pilato, con grandes anteojos; personaje que generalmente lo desempeña la persona que entre ellos pasa por dotada de mas talento: allí están todos ocupados en revisar, con el mayor afán, y haciendo ridículas gesticulaciones, el libro de las leyes para juzgar y prender al Salvador: junto á ellos se descubre á Judas, desempeñado por otro indio, que no cesa de sonar el bolsillo lleno de dinero en que habia vendido al Divino Maestro; y dispuestos á ejecutar las órdenes que se les dicten se ve á varios fariseos, personificados tambien por indios, disfrazados todos con caretas imitando la cabeza de una serpiente, de un demonio, de un león ó de un oso; estos fariseos llevan en la cabeza cascotes de carton unos, de hojalata otros, y algunos de laton viejo, adornados con largas colas de gatos ó de perros; en las manos llevan gruesas cadenas que arrastran por el suelo para hacer mucho ruido y destinadas para ponerse al Redentor en cuanto les den la orden de prenderle. Mientras los jueces y Pilato se ocupan en hojear el libro de las leyes, y dar sendos puñetazos sobre la mesa como quien discute un asunto de los mas serios, otro indio que representa al ángel de que habla San Lucas que se le apareció al Señor para confortarle, y que regularmente suele estar con una alba vieja del cura, puesta sobre unos calzones anchos, se dirige con una gran copa dorada de madera, al Huerto en que está orando el Hijo de Dios, y se la coloca en los labios para que beba. En tanto que dura esta original pantomina, el cura sigue predicando un sermón análogo á las circunstancias; mas viendo que se pasa el tiempo, y que los fariseos no van á prender á Jesús, interrumpe su discurso, y sonando las manos esclama: «¿Hasta qué hora esperamos para prender á Jesucristo? ¿No ven ustedes que ya hemos llegado al punto del preudimiento? ¿Van tres veces que les digo que le prendan y nadie se mueve!» Entonces los fariseos, á una seña de Pilato, haciendo gran ruido con las cadenas, corren al Huerto, guiados por Judas, el cual acercándose al Salvador, le da un beso que suena como un cañonazo; mas no bien le ha dado el falso ósculo, cuando los fariseos se arrojan sobre Jesús, le cargan de cadenas, le conducen á la prision, y por la tarde le azotan sin compasion en el átrio, como si realmente fueran judíos.

A las ceremonias del Jueves, siguen las del Viernes Santo, no menos originales y curiosas. En este día colocan los indios, en medio del átrio de la iglesia, el púlpito en que ha de predicar el cura, al aire libre, el sermón de *las tres caídas*. Desde mucho antes de que llegue la hora de dar principio á este, se llena aquel punto de multitud de gente de ambos sexos que se rebulle como las magestuosas olas de un mar bonancible en un día sereno en que el lánguido viento apenas osa halagar la blanca lona de las velas de las velas. Allí reunido todo el pueblo llora y gime no bien el predicador empieza su sentimental discurso, en tanto que los fariseos, cubiertos sus rostros con horribles caretas, llevando sus cabezas cubiertas con cascotes de hojalata, y en las manos pesadas y largas lanzas, se pasean con arrogante insolencia y haciendo mil visajes ridículos, por en medio de las gentes, profiriendo horribles blasfemias para imitar á los verdaderos judíos. En tanto que tienen lugar estas escenas, aparece por la puerta de la iglesia, la procesion que va á recorrer las calles. En unas andas sacan á Nuestro Señor con la cruz acuestas, ayudado de Simon Cirineo, que lo hace un indio que va en mangas de camisa, calzon corto verde que se le queda mas arriba de la rodilla, desnuda la pierna y descalzo, pero tan serio como si efectivamente fuera una escultura. Detrás van amarrados como con codo, el bueno y el mal ladrón, representados tambien por dos indios que marchan con la misma propopeya que el primero, y que se sienten tan poseídos del papel que desempeñan, que subirían al Calvario á recibir la muerte antes que hacer traicion al carácter de los personajes que imitan. Al salir de la puerta de la iglesia, da el Señor, que es de goznes, la primera caída; la gente llora al verle caer y al escuchar las tiernas palabras que desde el púlpito pronuncia el predicador. La segunda caída tiene lugar al pasar el dintel del átrio, acompañadas de nuevas exclamaciones del cura, y del copioso llanto acompañado de gritos de los indios; pero cuando se acerca el momento de la tercer caída, y advierte el predicador que la Santísima Virgen aun no parece para el encuentro, esclama interrumpiendo su sermón: «¿A qué hora traen á la madre de Dios? Que anden aprisa esos que conducen á la Santísima Virgen, que ya es hora de que se encuentre con su Divino hijo. Al oír estas palabras, los que por otra calle conducen á la Reina de los cielos, apresuran el paso, y al encontrarse con Jesucristo, los que cargan las andas hacen que los rostros de ambos caigan sobre el pecho en señal de tristeza, siguiendo despues cada cual su camino, no sin que les acompañe el llanto y los gemidos de todos, excepto los fariseos que se pasean con altanería. Inmediatamente, y cuando aun no acaban de enjugar las lágrimas, se presenta en un caballo blanco, vestido de romano el *pregonero*, como dicen los indios, llevando en la mano un papel con la sentencia dada por Pilato; y acercándose al púlpito, se la entrega al cura, el cual despues de leerla, dice al auditorio, que Jesucristo va á morir entre dos



ladrones por todos los pecadores. Aquí también lo mismo que antes, hay acompañamiento de suspiros, llantos y sollozos. En seguida el sacerdote devuelve el papel al romano, quien abriéndole, lee en alta voz. «Esta es la sentencia en que Pilato manda que á Jesús Nazareno se le dé muerte de cruz»; á cuya lectura siguen los sollozos y los ayes mas lastimosos. Despues de esto, y cuando Jesús aparece crucificado sobre el altar mayor, los soldados romanos, cubiertos siempre con sus espantosas caretas, están allí mismo en la iglesia, jugando á la baraja y á los dados la túnica del Salvador, y con varias botellas y vasos fingiendo que beben, imitando en todo á los que crucificaron á Nuestro Señor.

No quiero pasar en silencio, puesto que he tocado la descripción del Viernes Santo y trato de dar á conocer en todas sus facetas el carácter y costumbres del indio mejicano, una anécdota que pasa en aquel país por cierta, y que la he oido contar á personas muy respetables para mí, aunque el lector está en libertad de admitirla por cierta ó por un cuento, que viene, de todas maneras, en apoyo de cuanto dicho llevo con respeto á la sencillez que reina en esa raza que ha perdido aquel vigor y despojo natural que la distinguieron de los demás pueblos de la América.

Queriendo el cura de un pueblo de indios, nacido en el mismo lugar, conmovier á sus paisanos en un sermón que habia dispuesto para el Viernes Santo, encargó á dos indígenas de su confianza, vistieran á Nuestro Señor, que era de goznes, de una manera que conmoviese, para que, cuando en medio del discurso mandase descender la cortina que ocultaba al Salvador, se conmovieran los oyentes. Los indios encargados de misión tan delicada, queriendo corresponder dignamente á la distinción con que los habia honrado el cura, discurren largo rato sobre la manera con que debían presentar á Jesús; y despues de acalorados debates, resolvieron vestirle de campesino, ó *ranchero*, como dicen en Méjico, pantalón con cuchillos con botonadura de plata, abierto á los lados para montar con libertad á caballo; sombrero de inmensas alas, bordada faja encarnada en la cintura, grandes espuelas; largo látigo en la mano; gran espada al cinto y colocado sobre un corcel blanco en actitud de galopar. Empezado el sermón, y cuando el cura juzgó al auditorio mas conmovido, exclamó con el mayor calor: «¡Vosotros pusisteis á nuestro Redentor hecho un mar de sangre!... ¿no considerais cuán desfigurado debe estar su delicado cuerpo por causa de los azotes que vuestras culpas han llevado sobre él?... ¡oh dolor!... ¡da compasión mirarlo!... ¡Ah!... pero es preciso que le contempleis para que aborrezcais vuestros pecados!... ¡Corred esa cortina que le oculta á nuestros ojos!...»

Los encargados corrieron la cortina, pero el predicador que seguía de espaldas al altar y se dirigía al auditorio, continuó lleno de religioso entusiasmo: ¡Vedle!... ¿quién habia de decir que ese conjunto de perfecciones quedase tan desfigurado que le costase dificultad á su escuela madre reconocerle?

Y entonces, volviéndose hácia donde estaba el Salvador, y sorprendido él mas que nadie, del disfraz con que le habian desfigurado, exclamó asombrado: «Y confieso que no me admiro de que no le reconociera su santísima Madre, pues tal le habeis puesto, que, no digo la aligida Señora, pero ni yo, que soy vuestro cura, le conozco ya.»

Este pasaje, (que repito, no presencié), así como los que le han precedido que han pasado mil veces á mi vista, porque he tenido afán en estudiar las costumbres, dichos y tipos de aquel hermoso cuanto desgraciado país, no son otra cosa que el resultado de la sencillez sin ejemplo de los indígenas mejicanos, del ningún desarrollo que les han dado á sus facultades intelectuales por medio de la instruccion, y de su índole pacífica, dispuesta siempre á no alterar en nada los usos introducidos por sus predecesores.

Separados completamente de la clase pensadora é instruida, porque los hombres de saber no pueden acomodarse á vejetar en pueblecillos de miserables chozas en que el oro y la plata son los objetos que menos abundan, la instruccion de los indios se reduce á no saber leer, ni escribir, ni contar; y ya se deja entender que respecto á religion no han de estar mucho mas adelantados. Pero no solo son estas causas las que se oponen al desarrollo de las facultades intelectuales del indio, sino que viene á servirles de poderosa palanca, la preocupación en que algunos de los que debieran instruirles están, de que los indígenas son incapaces de adquirir cultura. Acuérdomos que habiendo asistido á un pueblecillo de indios, cercano á Méjico, convidado por el cura del mismo, que era un hombre anciano, virtuoso y sabio, escuché en medio del sermón mas original que dase puede, estas palabras testuales, dirigidas á los indios: Ya os he dicho que no seais *fojos* y *sin vergüenza*; que no os *emborracheis*, *enamoreis*, ni andeis en *chismes*...»

No pudiendo reconciliarme con estas voces que habian herido mis oídos de una manera desagradable, y habiéndome acabado el sermón, manifesté al cura lo extraño y disonante que me habian parecido aquellas expresiones, y me contestó: «A los indios es preciso hablarles así para que le entiendan á uno.»

Sin embargo, yo estoy muy lejos de participar de la idea de creer que el indio sea incapaz de ilustracion y

de cultura; porque cosas he visto que revelan que al indígena mejicano le sobran disposicion y talento natural. He visto retratos de barro hechos por los indios de Tonlac, pueblecillo que dista tres leguas de Guadalajara, que nada dejan que desear; parecido, color, ropaje, todo en una palabra, sacan exactamente igual á la persona que retratan, sin que para esto hayan ni aun recibido nociones de dibujo. También para la música tiene el indio una disposicion asombrosa y un oído finísimo, así como para todas las artes mecánicas.

Varios escritores han dicho; y me consta que de la mejor buena fe, que la culpa de la ignorancia en que se encuentra la clase indígena, reconoce por único origen, el empeño que el gobierno español tenia en no instruir la para que no tratase de independerse; pero este, en mi concepto, es un error. El gobierno español planteó colegios magníficos en todas las ciudades de aquel extenso país, de donde salieron hombres que figuraron entonces y muchos de los que al presente llaman la atención por su saber. Ahí está el colegio de san Gregorio, levantado por el gobierno español, exclusivamente para la instruccion de los indios; no muy lejos de él se encuentra el llamado de las *Inditas*, abandonado al presente, pero fabricado entonces para educar á las indias: ahí el de san Juan de Letrán para los jóvenes de la capital; el de san Ildefonso, Seminario, las Niñas y otros ciento que prueban que el gobierno español estaba muy distante de abrigar las innobles miras que se le quieren suponer. Lo que en mi concepto se ha opuesto y se opone siempre á la cultura del indio, es el corto número de poblacion blanca que aun cuenta Méjico y de cuyo seno, no pueden salir el número considerable de maestros que son necesarios para educar á cerca de cinco millones de indios que viven lejos de las poblaciones, cuyos insignificantes pueblecillos se encuentran entre sí á considerables distancias, y cuyas vias de comunicacion son malísimas. De esos colegios planteados por el gobierno español, y que son los mismos en que hoy se educa la juventud, salieron Alarcon, el gran Clavijero, sor Juana Inés de la Cruz, Quintana Roo, Gorostiza, Navarrete, Alaman, Pesado, Tagles, Carpio, el emperador Iturbide y otros mil, honra de las letras y las armas de Méjico, que son la incontestable prueba que destruye el error de los que acusan á los reyes españoles de injustos con sus colonias.

El indio reúne á su escasa humildad, un respeto profundo hacia la raza blanca, y muy particularmente á las personas que en su fisonomía revelan un fondo de alma compasivo. No una, sino mil veces, he visto á los indios ancianos de ambos sexos, acercarse á personas que juzgan virtuosas, y poniéndose de rodillas, pedir que le echen la bendicion; y no retirarse hasta no haberla alcanzado, conseguido lo cual, besan la mano del que les ha bendecido, alejándose llenos de regocijo.

El modo de saludarse cuando dos indios se encuentran, es enteramente original. Se quitan el sombrero; inclinan la cabeza casi hasta el suelo; pronuncian ambos á la vez, por largo rato y sin mirarse uno á otro, porcion de palabras indias en un tono igual y humilde: terminan haciendo mil reverencias, y se cubren despues que se separan, pues en tanto que el saludo dura, permanecen con el sombrero en la mano. Cuando al indio se le detiene para preguntarle algo, lo primero que hace es descubrirse, y permanece con el sombrero en la mano hasta separarse del que le detuvo.

Esta humildad y este respeto hácia la gente blanca, hacen del indio un buen criado; un ciudadano pacífico y un excelente soldado que sabe morir donde sus gefes le mandan.

Aunque todos los indios comprenden el español, á penas pueden hablar, y eso muy mal, aquellas cosas indispensables para vender sus efectos y comprar los que necesitan. El idioma que entre ellos usan, es el mismo que hablaban antes de la conquista, y que se divide en tarasco, otomí, mejicano ó azteca, segun la provincia á que pertenecieron los diversos pueblos que formaban el gran imperio de Moctezuma.

En Méjico la mayor parte de los sirvientes de uno y otro sexo, son indios, incluso las nodrizas.

Cuando aquellas ricas posesiones eran pertenencia de la corona de España, los indios estaban esceptuados del servicio de las armas; estaban declarados menores de edad para evitar que en los contratos abusasen los europeos de su ignorancia y sencillez; podian introducir todos sus efectos en los mercados sin pagar derechos ningunos, y solo exhibian al año cada indio el insignificante impuesto de un real que se destinaba á hospitales para ellos: en sus juicios no se les cobraba derechos ningunos; no les comprendia la inquisicion los fiscales del rey eran sus protectores natos, y en lo eclesiástico gozaban privilegios no menos notables. Estas consideraciones dispensadas en favor de esa clase tan útil al país, hablan mas alto en pro del paternal cariño con que los monarcas españoles miraron á los descendientes de Moctezuma, que todos los exagerados cuadros en que ciertos escritores extranjeros han tratado de presentarnos con el colorido mas negro. Si algunos españoles pudo haber crueles, la nacion fue magnánima: si algun español pudo haber rapaz y avaro, mil otros hubo que supieron gastar abundantemente el oro, levantando gigantescos acueductos que eternizarán sus nombres, como el colosal que embellece á Querétaro, costado por un solo espa-

ñol que quiso prestar aquel beneficio, á un país que amaba casi como á su patria, y como lo amamos todos los que hemos vivido en él y abrigamos un corazón verdaderamente español; esto es, magnánimo y agradecido.

Cuando esos que tan injustamente nos critican, nos muestren que en sus colonias han levantado monumentos mucho mas grandiosos que los que la patria de Hernán Cortés ha elevado por todo el continente americano: cuando nos hagan ver que las leyes dictadas en pro de sus pueblos sometidos, eran mucho mas filantrópicas que nuestras sabias leyes de Indias; y cuando, en fin, nos prueben que sus conquistas no están manchadas con actos inhumanos que horrorizan, la España les respetará y callará; pero en tanto que esto no puedan; en tanto que nada encuentran que poner de lo que han hecho, al frente de lo que hemos hecho nosotros, callen y enmudezcan, porque cuanto mas alen la voz para hacerse oír, tanto mas pignos aparecerán al lado de la magnánima España.

NICETO DE ZAMACOIS.

## NOTICIAS BIOGRAFICAS.

### FRANCISCO ZEA.

Las musas españolas vestían aun de luto por Quintana, como elegantemente ha dicho Larra, el hijo del gran crítico, cuando la muerte ha venido á arrebatarnos otra de nuestras glorias mas legítimas, al malogrado joven Francisco Zea, mas famoso por sus infortunios que por su mérito, que es eminente. Francisco Zea ha bajado al sepulcro á los 32 años de edad, dejando en la literatura española un vacío, cuya estension solo podrá apreciarse debidamente cuando la publicacion de sus obras dé á conocer todo lo que valia ese nombre oscuro, ese genio modesto, ese poeta casi olvidado por el mundo (como suele olvidar todo lo verdaderamente noble y bueno que en él existe) hasta que la muerte se ha presentado á recordárselo y á reclamar, como un acreedor terrible, lágrimas para su tumba, himnos y laureles para su gloria, pan para su familia; ¡sí! pan para su familia, porque la vida de Zea ha sido una vida de miseria, de privaciones y de amarguras increíbles, un tránsito doloroso por la tierra, desde el principio hasta el fin de sus días, una peregrinacion angustiosa, que quizás hubiera terminado antes, si una resignacion heroica, si una fe religiosa incontrastable, si una virtud entera y probada mil veces en el crisol de la desgracia no le hubieran sostenido y ayudado á sobrellevar su largo martirio.

Francisco Zea, hijo de D. Faustino, célebre maestro de armas de pajes de S. M. y teniente mayor de las del reino, nació en Madrid á 2 de abril de 1825, en la calle de la Abada, y ha fallecido en la de Leganitos, núm. 11, cuarto segundo, en 3 de setiembre próximo pasado. Estudió humanidades en San Isidro el Real de esta corte: en los años del 52 al 54 desempeñó una plaza de empleado en el ministerio de la Gobernacion, debida al señor Egaña, que sin conocerle, mas que por la relacion que de su mérito y de sus desgracias le habian hecho, quiso concederle algun premio; y desde los últimos meses de 1856 era oficial de Direccion, con sueldo de 12,000 reales en dicho Ministerio, para cuyo destino fue nombrado por el Sr. Rios Rosas, grande amigo y favorecedor de los escritores, y en el que seguía cuando una fiebre tifoidea puso término á su trabajada existencia. El que estas líneas escribe, que tuvo la fortuna de ser el confidente íntimo de su juventud, ha tenido también el triste honor de recoger sus últimos suspiros y de rezar la primera oracion por el alma del justo que abandonaba este valle de dolores, del que hallándose todavía en su adolescencia dijo en una *Oda* (1) digna de Fray Luis de Leon:

Un tenebroso velo  
Con altas sombras cubrirá mi frente,  
Como cubre ese cielo  
Hondo capuz de duelo  
Amortajando inmenso el Occidente.  
Seré hoja desprendida,  
(Un tiempo de las brisas halagada  
Con la estacion florida)  
Del árbol de la vida,  
Del ímpetu del viento arrebatada.

Los señores Galvez, Amandi, Coupigny y Pocorull, amigos y compañeros leales de Zea, habian asistido también á este desde el principio de su enfermedad, con un esmero y un cariño de hermanos.

Zea murió pobre, como habia vivido, y su cadáver iba á ser sepultado y perdido en la fosa comun, si al punto no se encontraban medios para depositarlo en un lugar humilde, sí, pero siquiera decoroso. Entonces los señores citados acudieron al ministerio de la Gobernacion, de donde, por orden de los gefes y mediacion de D. Isidoro Gil, se les facilitó con oportunidad la suma

(1) El día 1.º de noviembre.



necesaria para atender al indicado objeto. El día 5 un carro fúnebre, seguido de unos treinta ó cuarenta jóvenes, la mayor parte escritores, que habían espontáneamente acudido al saber la triste nueva, atravesaba solo sin mas aparato, sin mas pompa, ni mas acompañamiento, las calles del Carbon, Jacometrezo y Hortaleza, conduciendo al cementerio de la Sacramental de San Martín el cuerpo del poeta, que fue colocado en el nicho 260. Cuatro ó seis días después se cerró el precioso depósito con una sencilla lápida que contiene esta breve inscripción: FRANCISCO ZEA.—R. I. P.

Cumplido este deber sagrado, la literatura no podía permanecer muda ante el conflicto presente; no podía permitir que la memoria del esclarecido poeta quedase con su muerte en la oscuridad en que estuvo durante su vida, ni finalmente, dejar en la indigencia y el desamparo á la familia del amigo y del compañero que tanto había amado. La Tertulia del Sr. Cruzada Villamil, que siempre ha estado abierta para todos los amantes de las letras, absolutamente para todos, se reunió en sesión extraordinaria anunciada por la prensa, con el fin de

acordar los medios mas expeditos y seguros de acudir á las necesidades espuestas, y principalmente á la perentoria de llevar algun consuelo á la virtuosa viuda y á la anciana madre del poeta.

La reunión dió principio á su noble tarea con la lectura de una biografía del finado, magistralmente escrita por Castro y Serrano, á la cual siguieron una inspirada poesía de Larra y otra de Carlos Rubio, notable por su melancólica ternura. Pocos aplausos resonaron aquella noche al terminar la lectura, pero muchas lágrimas rodaron por las mejillas de los que la oyeron, como la última despedida de la amistad al que

..... deja esos mares  
y al puerto divino dirige su nave.

Lo que allí pasó después, el tierno espectáculo que en casa del Sr. Cruzada dió esa juventud, tan mal comprendida como calumniada, y que todos los días está dando pruebas insignes de las virtudes que atesora, no hay pluma que lo describa; pero grabado está con ca-

racteres indelebles en el alma y en los corazones de lo que lo presenciaron.

Entre otros medios propuestos y acordados para llevar á cabo el pensamiento principal de la reunión, fue uno el de elevar á S. M. una esposición que irá firmada por los escritores que se hallen en esta corte y quieran suscribirla, solicitando una pensión para la madre de Zea, fundada en los servicios que el abuelo y el padre del poeta prestaron como maestros de armas de los pajes de la Real Casa; y otro el de publicar las obras escogidas de este, contando con que el periodismo, los amantes de las letras, y los círculos y establecimientos literarios de España prestarán el apoyo que nunca han negado cuando se trata de enaltecer las glorias del país.

Educado Francisco Zea en la escuela de los grandes escritores del siglo de oro de nuestra literatura, especialmente apasionado admirador de Garcilaso, Rioja, Fray Luis de León y Herrera, sus autores favoritos, y coracador profundo de nuestros antiguos dramáticos, distinguese sus poesías por el sabor eminentemente clásico, la grandilocuencia del estilo y la armoniosa cons-



LOS INDIOS MEJICANOS.

truccion de la frase, la valentía de los giros y de los pensamientos, la brillante novedad de los epítetos y la pureza y correccion de lenguaje, pero sin la afectación y amaneramiento de los imitadores, sin el mal gusto, oscuridad y prosaismo en que á veces pecaban sus mismos modelos y sin los descuidos gramaticales en que incurren con lamentable frecuencia los que hacen versos, como si la circunstancia de hacerlos autorizase por sí para convertir en licencia admisible lo que en un escritor es imperdonable falta. Sabía él, por otra parte, hermar tan discretamente las exigencias del gusto de la buena escuela con las necesidades literarias de nuestro siglo, que si por ciertas dotes pudiera confundirse con los antiguos, rivaliza por otras con Espronceda y Zorrilla, á quien llama su *maestro* en el romance *A...* superando á entrambos en cuanto á gusto y á conocimiento y manejo del idioma. Rasgos hay en su *Inspiración* que por sí solos le conquistarían el nombre de poeta de primer orden: el vuelo audaz y magestuoso de esta soberbia oda, verdaderamente pindárica, la magnificencia de las imágenes, la riqueza de la dicción, la grandeza, en fin, y solemne entonación de toda ella, harán que se la considere como una de las joyas de la poesía española contemporánea.

Dice Dios al incendio, que sube y se estrella á sus plantas:

¿Qué importa que trepando al firmamento,  
blandas la roja tea?  
¿No soy yo tu señor?—Tu amarillento  
rayo mi sien clarea.

—  
¡Sube incendio voraz...! Yo te contemplo!  
llega á mí en tu victoria!  
¡Un paso mas!... ¡Te colgaré en mi templo  
y alumbrarás mi gloria!

Su elegía *A la luna* respira ese vago perfume de melancolía, ese sentimiento dulce y triste del joven engañado, y conmueve las almas delicadas como un gemido que sale de un corazón lacerado por las amarguras de la vida:

Dice al astro de la noche:

Lámpara hermosa de la noche umbría  
astro de duelo, en el cenit colgado,  
consuelo dulce de la pena mía:  
Mi rostro baña tu fulgor sagrado,  
con él de paz mi corazón se llena...  
¡Tú has de la eterna soledad brotado!  
Al verte, el alma de placer agena,  
sintió, en su fondo, desatarse el llanto...

y el llanto, al fin, adormeció su pena.

¡Oh! si del cielo al estrellado manto,  
ese vecino templo levantara  
de su campana el misterioso canto!

Si, en el silencio universal, rodara  
la voz del bosque, en murmurar sombrío,  
y el himno de los vientos resonara!

Si al par alzase, con rugiente brío  
de sus ondas sin fin las mil canciones,  
por mil peñascos descendiendo, el río!...

Cuántas ¡ay! cuántas dulces sensaciones  
halagarian mi doliente calma,  
Entre tan santos y profundos sonos!

Esta composición, las odas á las estrellas, á Francisco Orgaz, á las campanas, la Soledad, el Miércoles de Ceniza, á Laura, el día primero de noviembre y *A C M*; el romance á Ramona, la fantasía titulada *la batalla de Huesca, el Olmo de la Ricera y Recuerdos*, dignas son del autor de las primeras, y componen la mayor parte del tomo que en 1846 dió á la estampa el Sr. Ayguale de Izco, que apreciaba en extremo al poeta, á quien favoreció generosamente en varias ocasiones apuradas de su vida.

La citada colección, que vió la luz cuando el autor apu-



mas tenia veinte años (1), y que por las fechas de algunas de las composiciones en ella insertas, debió escribirse en los tres o cuatro anteriores á dicha época, se publicará enriquecida con otras muchas entre las cuales podré citar: *Torres y campanas*, una elegía *al dos de Mayo*, un *Idilio* con motivo de la muerte de don Alberto Lista, una *cancion* del género de las de Petrarca, la célebre oda *á Cabrera*, una *parodia contra los traductores de comedias*, una *verbena*, un *Epitafio*, cuatro pensamientos delicadísimos á que daba el nombre de *coplas* (2), y el romance *La trenza de sus cabellos*; composiciones todas, purgadas de los defectos que deslucian algunas de las publicadas en la repetida colección que probablemente se omitirán en la nueva.

Hizo tambien varios ensayos para el teatro, que si no revelan al autor dramático digno de tal nombre, consiste, en primer lugar, en que los escribió de priesa, sin estudio, sin meditacion ni mas pretensiones que ganarse el pan que necesitaba para el día siguiente, para el mismo en que los emprendia; y en segundo, en que nunca los consideró él, y todos sus amigos se lo oyeron mil veces, como obras representables; pero no obstante lo dicho, condiciones hay en esas obras que espresan eloquentemente lo que Zea hubiera hecho para el teatro, con mas desahogo y mas tranquilidad que los que de continuo tenia; porque debo declarar que con frecuencia le faltaban luz, papel y tinta para trabajar. Todos sus borradores parecen escritos con barro. Diálogos pueden, sin embargo, verse en *la Moza de meson*, suya y de Reles, y en *Maese Juan el espadero* (su producción mas dramática) á los cuales no vacilará ninguna persona competente en calificar de admirables. Dejó, ademas, un entremés titulado *El diablo alcalde*, que es una obra maestra en su clase.

Desgraciadamente, apenas se podrá reunir media docena de escritos en prosa, y digo desgraciadamente porque no conozco autor moderno que mejor haya manejado el habla castellana que Francisco Zea; con todo, eran tales su modestia y su desconfianza, que rara vez firmó su prosa sino con los seudónimos de *El Bachiller Sanson Carrasco*, *Lazarillo de Tormes* y *Lázaro*. Pero aun cuando no hubiese dejado mas que el *Yo en venta*, artículo publicado por mí en *Los Hijos de Eva*, bastaría para figurar entre los mejores hablistas y entre los primeros satíricos de nuestra patria. El *Yo en venta* es el retrato del autor, es Francisco Zea en persona, que vá á venderse física y moralmente al Rastro, sin que encuentre quien le ofrezca nada, ni aun el diablo que, habiéndole oído pregonar su alma,

(1) Entre los papeles de Zea hay dos números de *El Mercado madrileño*, diario de anuncios, que se publicaba en esta corte en 1839, y en los cuales vemos dos romances firmados con las iniciales F. P. Z. Al márgen de uno de ellos hay una nota de puño y letra de Zea, que decía: «El chiquitín tenía 15 años cuando escribió estos versos, y 14 cuando los publicó.» Los dos romances son notables, teniendo en cuenta la edad; pero el señalado con las referidas palabras podría figurar en una buena colección, y da una idea honrosa de las altas dotes del poeta, quien en aquel tiempo firmaba Francisco de Paula Zea, según una tarjeta de Premio de lectura que tambien aparece entre sus papeles.

(2) Las habia escrito pocos dias antes de morir, para el *Album de los Postres*.



D. FRANCISCO ZEA.

le pregunta *si fic*. Poco he dicho, al decir que el *Yo en venta* es la personificación de ese pobre mártir de la gloria y del infortunio; el *Yo en venta* es el daguerreotipo, es la fotografía de la joven generacion literaria

La gente del país no viste de lana como nosotros, sino de sedas y pieles coloradas. Con separacion de los hombres viven las mujeres en una isla que hay cuatro jornadas mar adentro, muy bien presidida dicha *isla femenil*. Tres veces al año salen estas reclusas á verse con los varones para procrear, á saber: por la Cuaresma, y antes de las fiestas de San Juan y San Miguel. En los tres dias que permanecen juntos, no entran en los templos, sino que oyen misa desde las ventanas, durante el mismo período se celebran los nuevos desposorios. Finido este plazo, vuelven ellas á su retiro, y si paren niño, lo alimentan hasta la edad de tres años, pasándolo despues al padre, y si niña, la guardan consigo (13).

Fertilizan dicho país los cuatro rios del Paraíso, el Tygris, que arrastra oro, según queda indicado, el Phison que da piedras preciosas, el Gyon (Gihon) de dulcísimas aguas y el Eufrates que fecundiza la tierra una vez cada mes, de modo que allí se hacen dos cose-

(13) No es invencion de Juan de Hesse lo de la isla habitada esclusivamente por mujeres. Ya en el viaje de Marco Polo suenan dos islas llamadas *Varonil* y *Femenil*, que se pretende existian en la India, á quinientas millas al Norte de Socotora, la primera á igual distancia S. de Kescuacoran (el Makran) y la segunda á treinta millas de la anterior. Por de contado los hombres moraban en la una y las mujeres en la otra, y juntábanse solo para tener familia, durante los tres meses de la primavera, quedando las madres obligadas á mantener con recursos propios á sus hijos varones, hasta la edad de catorce años. Añade el cándido veneciano que aquellos naturales eran



MAPA-MUNDI DEL AÑO 1417, SEGUN UN MANUSCRITO DE LA CATEDRAL DE RHEIMS.



EMENTE SE  
TOMÁS.

El cuerpo del bendito apóstol santo Tomás en la ciudad de Hulna (14) á cuatro dias de Ediowa, en la cumbre de un elevado cerro que se alza dos millas mar adentro. Suele visitarse esta ciudad una vez al año, desde ocho dias de la fiesta del santo hasta el fin de la octava. Los que hacen semejante peregrinacion deben prepararse de antemano, ayunando con abstinencia de carne y pescados y confesando y viviendo devotamente por espacio de quince dias. Entre tanto el mar, en el indicado trecho de dos millas, se abre y separa sus aguas para que los fieles puedan llegar á la ciudad á pié enjuto, formando con sus masas por ambos lados dos altas murallas que son insuperables á los fieles.

La víspera de la fiesta, el cuerpo santo es colocado en un gran trono dorado y enriquecido de pedrería, que se pone y deja en el altar mayor desde primeras á segundas vísperas. La multitud que acude durante los quince dias, pasa las noches en vela, y entonces unos mil guerreros custodian el cuerpo del Santo.

Llegada la fiesta, el Preste Juan en compañía de sus patriarcas, obispos y demás prelados, se traslada á la Iglesia á cantar los divinos oficios. Antes de la Misa mayor dícense gran número de misas rezadas. El celebrante es el patriarca; al entonar el Cónon se descubre el santo rostro del apóstol para que todos puedan admirarle, y cuando el sacerdote eleva la hostia, aquel rostro suele presentar tres distintas apariencias; al principio es lívido, como de persona muerta; en seguida blanco como de hombre sano y últimamente colorado como rosa. El oficiante consagra muchísimas formas para la comunión de todos los fieles, la que tiene lugar concluida la Misa. En efecto, empezando el Preste Juan y siguiendo por su orden los arzobispos, prelados, religiosos y demás cristianos, con devotas y humildes genuflexiones, reciben el sacramento de manos del propio apóstol que á este fin tiene la diestra algo elevada y entreabierta, sosteniendo con dos dedos la hostia sagrada, puesta en ellos por el patriarca, con asistencia de dos obispos, los cuales por simple respeto acompañan el brazo del santo, sin empero darle accion; y es de ver cómo aquel brazo ofrece la hostia á los dignos y la rehúsa á los indignos. El cuerpo entero permanece incorrupto, conservando su pelo y barbas, y hasta el traje que llevaba en vida, aunque para la presente ceremonia se le reviste de paños preciosísimos. Durante la comunión dos arzobispos sostienen unas patenas debajo de la mano del santo; y otros dos una preciosísima toalla. El año en que, yo, Juan de Hesse, estuve allí, vi la mano del apóstol rehusar el venerable sacramento á tres hombres, quiénes, arrepentidos despues, llorando amargamente y recomendados por las preces de la multitud, tuvieron al fin la dicha de recibir el sagrado pan de los ángeles. En esta ocasion operáronse estupendos milagros, pues es muy comun sanar los leprosos, cobrar vista los ciegos, y desaparecer como por ensalmo toda clase de enfermedades.

Acabadas las segundas vísperas, el Preste Juan, con auxilio de sus asistentes, vuelve á reservar el cuerpo de santo Tomás en una urna toda de oro y pedrería, la cual se encierra dentro de cierta torre fuertísima colocada en el bonito coro que hay á la parte posterior del templo, colgando de cuatro cadenas á bastante altura. Ciérrase esa torre con fuertes cerrojos y resortes, para no abrirse ya hasta el año siguiente; y la urna queda alumbrada por doce lámparas que arden de continuo, segun fama, sin que nadie les añada aceite. Coronan la iglesia cinco elevadísimas torres ó faros que se descubren á distancia de nueve jornadas desde el mar, de suerte que los navegantes hallan con facilidad el derrotero del santuario.

Al Oriente del mismo están los reinos, que pertenecieron á los tres Santos Reyes ó Magos, abrazando un país todo de montañas, do reina siempre el verano, cuyos moradores tienen harto que hacer para desembarazarse de serpientes y otras alimañas peligrosas. Dícese existir en el mismo, un cerro altísimo llamado *Arabo* donde cuando por un lado es dia, por otro noche, y vice-versa.

SIGUE EL VIAJE POR SINGULARES PAISES HASTA SU CONCLUSION.

Tomada licencia del Preste Juan y de sus magnates, acogímonos nuevamente á nuestra embarcacion y navegamos allende por espacio de diez dias, hasta una isla llana y deliciosa, de unas cuatro millas de estension

fieles creyentes, y que vivian en santa paz bajo el gobierno de un obispo, dados al comercio y á la pesca. Cuando los obispos gobernaban insulas, no es extraño que el gefe supremo se titulase Preste Juan.

(14) En vano se buscará en el mapa. Sin embargo, á corta distancia al Sur de Madrás, existe la pequeña ciudad llamada de Santo Tomás (en árabe Beit-Hunna, *Templo de Tomás*), que parece fue anti-

guada toda de ricos frutales, flores y ramaje, por entre el cual revoloteaban cantando infinitos pajarillos. Convidados por la amenidad del sitio, doce viajeros con el patron, echamos pié á tierra, prevenidos de no tocar á cosa alguna, y habiéndonos solazado á lo que nos pareció unas tres horas, volvimos al buque: júzguese de nuestra sorpresa cuando los compañeros nos dijeron que habíamos pasado allí tres dias con sus noches! Noche no la vimos, ni creo la haya en la isla. Su nombre segun averiguamos es *Raiz del Paraíso*.

Doce dias despues tocamos al monte Edum que es truncado, á manera de torre, y por lo tanto inaccesible. En él se supone que existió el paraíso terrenal, cuyos muros, cuando el sol los hiere al declinar hacia el ocaso véense resplandecer á gran distancia, brillantes como estrellas (15). A una milla de allí hay otra montaña en la cual parece que estuvo Alejandro Magno, despues que no contento de haber avasallado el universo, pretendió imponer su yugo al mismo Paraíso.

De vuelta, navegando por los ultimos confines del mar hasta unas veinticuatro jornadas, con viento favorable, abordamos á otra isla horridísima verdaderamente árida y tremebunda, donde se dice existir el Purgatorio. Tres dias estuvimos anclados junto á ella, oyendo siempre el clamoreo y lamentar de las almas allí detenidas, y para su descanso en dichos dias leí tres misas de difuntos á bordo mismo del barco; pero oh maravilla! apenas concluí mi rezo, una gran voz que todos oyeron, sonó diciendo: «¡Alabado sea Dios omnipotente por estas tres misas: con ellas se han rescatado tres almas del purgatorio!» (16)

Cuatro largos meses de navegacion empleamos en arribar á otra isleta lisa y poco estensa, á la cual bajamos para comer; mas no bien pusimos lumbre hundióse la tal isla con los cacharros y provisiones que habíamos traído sin darnos casi tiempo de ganar el barco. Despues se nos dijo que la supuesta isla seria un cetáceo llamado yasconio (chacalote) el cual al sentir el ardor del fuego se habría zambullido (17).

Tras otro cuarto de año, lidiando con vientos y escolleras, avistamos una grande isla poblada de magníficos árboles. Habiendo pasado en aquel apacible lugar un dia y una noche, presentáronse de súbito un monge negro que nos examinó con prolijo ahinco, y habiendo reunido á doce de nosotros, nos guió á su celda para regalarnos opíparamente mientras le contábamos cuanto habíamos visto de santo Tomás y otras particularidades. Allí observamos unas ovejas y cabras tamañas como nuestros buyes, las cuales crecen tanto por andar todo el dia paciendose, sin que jamás las molesten los rigores del calor y del frio.

Seis dias mas al norte cruzamos delante de dos montañas que vomitaban humo, y mas lejos divisamos cierta isleta por la que divagan hombres salvajes, enteramente desnudos, animales los mas estraños. Siguiendo la misma derrota, observamos de tránsito una tierra habitada solo por jímios, del tamaño de un becerro anal.

Otros cuatro meses trascurrieron antes que arribásemos cerca de un monte peñascoso y humeante, al pié del cual oímos cantar las sirenas, que con engañosos acentos atraen á los navegantes y echan á pique las embarcaciones; y tambien allí vimos unos monstruos horribilísimos, y pasamos gran temor por una súbita borrasca que nos hizo perder el rumbo lanzándonos á una tenebrosa angostura entre montañas, donde no vimos sol ni luna por espacio de cinco dias. Felizmente el dia sexto empezó á arreciar una brisa favorable que nos sacó á flote, y avanzando por aquellas aguas, un mes despues desembocamos en el océano hacia su lado oriental. A poco descubrimos un continente habitado á la vez por hombres muy negros y muy blancos, en el cual se nos permitió descansar ocho dias. Llámase aquel país Aerazonéa, y se dice que en él están los gigantes Gog y Magog encerrados en el hueco de dos colinas. Los naturales son de tan rara disposicion, que tienen dos rostros, uno delante y otro detrás. El clima es muy cálido, y la tierra montuosa.

Finalmente navegando otra cuarta parte de año hacia

guamente plaza notable con el nombre indio de Mailapur. La mentira es hija de algo; los nombres de *Hulna* y *Beit-Hunna* presentan en efecto bastante analogia.

(15) De muy antiguo fijábase la situacion del Paraíso hacia las fuentes del Indo y el Ganges: despues se supuso existir mucho mas al Oriente, al otro lado del mar de las Indias, en una region desconocida. Algunos lo situaban en tierra firme; otros en el mar: nuestro Juan de Hesse opinó por lo segundo, si bien en este caso mal señalaría el curso de los cuatro célebres rios que de él nacen. Porque ni este viajero ni el gran patrañuelo Juan de Mandeville ni otro alguno de su laya, osaron emprender la descripcion de una localidad que ciertamente brindaría ancho campo á sus fantasias aventureras. ¿Fue resto de modestia ó desconfianza de las propias fuerzas?

(16) Desde el siglo XII fue supersticion corriente y opinion muy admitida, que el ingreso del Purgatorio estaba en una isla del lago de Derg, en Irlanda. Mientras los peregrinos acudían en tropel, los religiosos de un monasterio de san Agustín que allí habia fundado san Patricio, primer descubridor del tremendo lugar, enseñaban con mucha reverencia la puerta de la caverna, sin olvidarse de recaudar las limosnas de los fieles. El bueno de Hesse tiene á bien trasladar esa isla á los últimos confines del Océano Indico, y aunque vacilando al principio, no duda luego en persuadirse y persuadirnos que ha encontrado el verdadero Purgatorio. ¿Quién lo dudará, visto el milagro que le aconteció?

(17) No parece esta, como alguna otra aventura de la actual relacion, copiada de los Siete Viajes de Simbad el Marino? ¿Por qué no

el Oriente, despues de atravesar muchas islas, volvimos á pasar á Jerusalem de donde habíamos salido. Sobre la disposicion de esta ciudad han escrito ya muchos autores; por consiguiente aquí pongo fin á mi relacion. Bendito sea el Señor eternamente amen.

CARTA ESCRITA POR EL PRESTE JUAN AL GOBERNADOR DE ROMA, RELATÁNDOLE LAS MARAVILLAS DE SU IMPERIO.

El Preste Juan, por el poder de Dios y la virtud de nuestro Señor Jesucristo, Rey de reyes y Señor de señores, á su amigo Emanuel gobernador de Roma, que tiene deseos de trasladarse á ultramar, salud y gracia:

Se ha hecho notorio á nuestra Magestad, que tú deseabas conocer las escelencias de estas partes y merecer un recuerdo de la alteza nuestra; y tambien hemos sabido por el apocrifario de cámara, que pretendías enviarnos algunas cosas de juego y diversion para solaz de nuestra justicia. Bien nos cumple en cuanto á nuestro ser de hombre; y en cambio por conducto del dicho apocrifario, mandámote decir algo de nuestras cosas, y aunque algunos de tus allegados te han por Dios como nos consta eres mortal y sujeto á la humana fragilidad, si alguna cosa recreativa necesitas de la sólida largueza de nuestra munificencia, háznoslo saber por alguna afectuosa misiva tuya, y de contado la obtendrás. Considera y mira cual es nuestro asiento, para que si trasladarte quisieres al señorío de nuestra magnificencia sepas que te constituiremos mayordomo y prefecto dignísimo de palacio con amplia libertad de disfrutar de la abundancia de lo que aquí hay, y dueño de volverte cuando quisieres, mas rico que antes.

EXCELENCIAS Y PODER DEL PRESTE JUAN.

Si conocer deseas hasta donde alcanza nuestro poder cree sin falla que nos el Preste Juan, señor de señores, precedemos á cuantos debajo el cielo están en virtud, riqueza y prepotencia, y siendo setentaydos los reyes que nos rinden vasallaje. Somos devoto cristiano, y do quiera protegemos, sustentándolos con nuestras limosnas, á los cristianos dependientes del imperio de nuestra clemencia. Tenemos hecho voto de visitar el sepulcro del Señor con numerosa hueste, por cuanto se dignó poner á raya la gloria de nuestra Magestad debelando á los enemigos de la cruz de Jesucristo y exaltando su bendito nombre. Tres islas abarca el señorío nuestro estendiéndose por la India ulterior, donde reposa el cuerpo de santo Tomás apóstol, mas allá del desierto hasta donde el sol nace, y aquende hasta la Babilonia desierta y la antigua torre de Babel. Setentaydos provincias tenemos en conjunto, algunas de ellas cristianas, y todas regidas por sus respectivos soberanos que nos pagan tributo.

PRODUCCIONES Y POBLACION.

Críanse en nuestros dominios los cocodrilos, los *matagolnavios*, los *camatenos*, las *tinseretas*, las panteras, los *onagro-leones* blancos y rojos (18) los osos blancos los albos mirlos, las cigarras, los grifos, los tigres, las hienas carniceras, los caballos y los asnos salvajes; hombres feroces, otros cornudos, monoculares, con ojos delante y detrás, sagitarios, fáunos, sátiros, *pícnos* ó semejantes á peces, acéfalos, gigantes de nueve codos, cíclopes etc. todos con sus respectivas hembras, el ave llamada Fenix, y en general las variedades de animales mas conocidas.

Otras gentes hay que solo se alimentan de carne humana, de bruto ó abortiva, y no temen morir nunca, mas cuando alguno fallece, sus parientes y amigos le devoran con avidez, teniendo por cosa sacratísima el comer la carne humana. Llámase estas naciones Gog y Magog, Anías y Agit, Azenach, Isomenepieros, Befatos, Coneos, Samantas, Agrimadros, Saltereos, Armeos, Anafrajeos, Vintefóleos, Casbéos y Alaneos. Estas y otras muchas fueron arrumbadas por Alejandro Magno, entre unos elevadísimos montes á la parte del aquilon, mas cuando á nos place, soltámoslas conduciéndolas contra nuestros enemigos, y recibida venia de la Magestad nuestra, devoran en un santiamen cuanto se les opone, hombres ó animales, y despues de esto, los reconducimos á sus guaridas. Estas quince generaciones pesimas saldrán de los cuatro ángulos de la tierra antes de la consumacion del siglo, á saber en los tiempos del Antecristo, y recorrerán los lugares santos y la gran ciudad de Roma, la que podemos dar al hijo que de nos nacerá primero, junto con la tierra, toda la Italia, la Germania, entrambas Galias, la Inglaterra, la Bretaña, la Escocia é igualmente la España y el resto del globo hasta el mar Congelado. ¿Qué mucho si el número de las gentes es como las arenas del mar! Y segun el Profeta ellas no entrarán en juicio á causa de sus abominaciones, sino que un fuego del cielo caerá sobre las mismas

existiria entre ambas cierta filiacion cuyo secreto por de pronto difícil deslindar?

(18) *Metagonium* era un promontorio de la Numidia; de aquí vez *metagolnavios*, por cierta ave. *Onagér* en latin significa asno; monte: *onagriléones* podria ser chacal ó zebra.



y la ira de Dios las consumirá de modo que ni la ceniza quede (19).

RIO ICONIS. YERBA ASIDOS.

Nuestra tierra fluye miel y rebosa leche por do quiera. En algunas regiones, ni dañan los venenos, ni molestan las gárrulas ranas, ni se crían escorpiones, ni la sierpe rastrea entre la yerba. Allí no se acogen animales nocivos, y en ningún caso pueden inferir daño. En otra de las provincias paganas derrámase en infinitos canales por sus confines, el río Iconis, procedente del Paraíso, que acarrea esmeraldas, záfiro, carbunclos, topacios, crisólitas, conchinos, verillos, sárdios, y otras muchas piedras preciosas. Dáse en la misma la yerba llamada ásidós, cuya raíz ahuyenta del que la lleva el espíritu aéreo, obligándole á confesar quién es, su patria y su nombre; y sin duda por esta razón allá los inmundos no osan habérselas con nadie.

(Se concluirá.)

J. PUIGGARÍ.

## TARDES DE INVIERNO,

UNA A LA ORILLA DEL MAR.

ALFREDO. ¿Decís que nos engañan á cada paso los sentidos?

EL PADRE. A cada paso, Alfredo. ¿Ves aquella ola? Te parecerá que avanza y viene á estrellarse contra las rocas de esta playa?

ALFREDO. Cierzo.

EL PADRE. Pues no avanza ni retrocede; no tiene mas movimiento que el de arriba abajo. Mira sino la boya que sobrenada en ella. ¿Ves que adelante un solo paso? Una serie de olas te parece la continuacion de la primera que alcanzan á distinguir tus ojos. Una de tantas ilusiones.

ALFREDO. ¿Qué son entonces las olas?

EL PADRE. Nada mas que ondulaciones debidas á la presión desigual del viento sobre las aguas. Deprimas tu propia carne en un punto, y la ves crecer en otro.

(19) Ezechiél, XXXVIII y XXXIX. Así se adultera la verdad con la conseja.

Para no incurrir en repeticiones, hemos omitido la traducción de un apartado ó párrafo que sigue al presente opúsculo, notoriamente de distinta mano, y reproduciendo sus pormenores sobre los pueblos y productos de la India, con escasa ampliación. Hé aquí su sustancia: «Da la India además de toda clase de piedras preciosas, el jengibre, la nuez moscada, el mace, el roble, pimienta de dos clases, la canela, el alcanfor, el aloés, el palo vermino, el maná y otros aromas. Las águilas llevan al Preste Juan una piedra preciosísima, que engastada en sortijas conserva y restituye la vista. En ciertas islas hay unas viñas que nunca pierden sus pámpanos; montañas de oro defendidas en sus avenidas por grifos y dragones; árboles de tal elevación, que la saeta mejor disparada no alcanza su copa; higueros tan corpulentos, que á su sombra pueden cobijarse muchos miles de hombres; unas cañas cuyos nudos ahuecados sirven de canoa para tres hombres, etc. En el reino animal señaláanse unas serpientes de cinco palmas de grueso, sin piés, que los naturales comen con delicia; otras en la provincia de Malabar (*Melabaria*), largas de seis varas, teniendo una especie de rostro de varios colores representado en su cráneo, las cuales son inofensivas sino las hostigan, y contemplan á los niños con amor; también las hay muy venenosas que vuelan ligerísimamente, así como unos gatos monteses peculiares de otras provincias. Son excelente manjar unas hormigas, encarnadas por encima, semejantes á los cangrejos. En los confines del Cathay (*Cathay*), críanse unos buyes muy raros, blancos y negros, con crines y cola de caballo. La provincia de Maissur (*Maissur*), es rica en elefantes. Hay también en la India aves extraordinarias, entre otras el ave fénix que es única, y canta dulcemente; *phitacos* y *cachos* (papagayos) que son entre nosotros muy estimados y de gran precio, etc.—La población no ofrece menos variedad: véanse hombres de hasta cuarenta codos, los cuales no escupen, ni están sujetos á dolores de cabeza, ni á mal de ojos, ni á la acción del calor, antes la intemperie los endurece, de suerte que sus filósofos llamados *gymnosofistas*, pasan el día tendidos en la ardiente arena contemplando el sol de hito en hito. Unos tienen los piés al revés, y ocho dedos en cada uno; otros cabeza de perro y hablan ladrando; andan vestidos solo de pieles, viven de la caza, bien armados de uñas y dientes, y forman una república de mas de 500,000 individuos. En cierta region las mujeres solo paren una vez, y el fruto al punto queda convertido en perro. Cerca de las fuentes del Ganges, en los límites de la India oriental, andan unos hombres vestidos de hojas, sin boca, viviendo solo del olfato; pero desgraciados si á sus narices alcanza alguna hediondez, porque lo pagan con la vida. Otros se conservan muchísimo tiempo sin envejecer. Los hay que carecen de cabeza, teniendo los ojos en el pecho. En varios lugares críanse hermafroditas, faunos, satiros y otros monstruos. En un río llamado Conchis hay hombres como peces, los cuales salen de noche, y levantando una hoguera con el frote de dos piedras, atraen el pescado á la orilla y se lo comen: también hay ciertos peces semejantes á buyes y caballos velocísimos de los que las amazonas se sirven en la guerra, y cuando regresan los guardan otra vez en el río, á guisa de caballería. La isla Trapobana está infestada por unos llamados *Tropapagitas* (antropófagos), que tienen unas orejas muy grandes, y comen con gran regalo la carne humana, etc. El Ganges cria unos grandes cocodrilos y otros peces que no conocemos, etc., etc.

Muchos de los patriarcas de la India, gracias á la salubridad del aire y á su frugalidad de vida, alcanzan la edad de ciento cincuenta años, y aunque se casan segun costumbre de los judíos y griegos, apenas conocen á sus mujeres sino para procrear. Tienen en la ciudad de Brichbrich unas incomparables sedes y aulas, á cuyo servicio y custodia hay destinadas treinta mil personas de uno y otro sexo. En la guerra acaudillan un millón de soldados contra los enemigos del nombre cristiano; y no admire este número, porque en la India, como no se conocen peste ni otras plagas, es fácil allegar una gran multitud. Los indios citeriores usan por armas dardos, espadas, brazales y escudos; los inferiores arcos, capacetes y lorigas, y los ulteriores bombardas y otras máquinas correspondientes á la balística.—Dividen el año en doce meses, como nosotros, pero con diferente computación, datando sus fechas principalmente del emperador Octaviano que dió la paz al universo. Apenas conocen el papel y escriben en las hojas de ciertos árboles. Por monedas se valen de piedrecitas, ó de unos hierros aguzados, y también de unas céculas con el nombre del rey.—El Preste Juan no solo es pontífice, sino insigne emperador, teniendo por tributarios setenta y dos reyes y ciento setenta y dos arzobispos, los cuales á su vez presiden á veinte ó mas sufragáneos titulados reyes, que les sirven en el ministerio sacerdotal.

Deprime el viento unas aguas, y se elevan las del lado. Cada depresión y cada elevación correspondiente, constituye una ola.

ALFREDO. Si, mas no me negareis que las olas baten aquí con ímpetu las rocas. Ved cómo se rompen y saltan en el aire deshechas en espuma.

EL PADRE. ¿Allá á lo lejos no ves también cómo blanquean? Donde quiera que dan con un peñasco, un banco de arena, una pequeña isleta, sucede otro tanto. No es la ola la que azota la roca; es la roca la que rompe la ola y la deshace. No en toda la ribera del mar hay rocas. ¿Por qué donde no las hay ves simplemente las aguas estendiéndose como una sábana sobre las arenas de la playa? La sola interrupción de la curva que describen las olas, constituye las rompientes.

ALFREDO. ¿Y la espuma?

EL PADRE. Espuma la arrojan á menudo las olas mucho antes de llegar á la costa. Da el viento contra su cúspide, y dispersa partículas de agua en todas direcciones. Y si las dispersa allí el viento, ¿cómo no las han de dispersar aquí las rocas?

ALFREDO. Comprendo, comprendo; mas he aquí que en tanto que hablamos no parece sino que el mar avanza. ¿Será esta otra ilusión de mis sentidos?

EL PADRE. No, Alfredo, estamos en la hora del reflujo.

ALFREDO. ¿En la hora del reflujo!

EL PADRE. ¿No has oído segun esto hablar de las mareas?

La luna atrae fuertemente las aguas del Océano y las levanta dos veces por día. La subida ó crecimiento de las aguas constituye el flujo; su bajada, el reflujo; su subida y su bajada, la marea. Cuando aumentan las aguas en altura ¿no te parece natural que disminuyan en estension y pierdan terreno en la playa? Ya que bajen, ¿no te parece natural que lo recobren?

ALFREDO. ¿Y tienen lugar flujo y reflujo siempre á las mismas horas?

EL PADRE. A las mismas precisamente no, porque el globo emplea solo veinticuatro horas en dar la vuelta sobre su eje, y la luna veinticuatro y cuarenta y nueve minutos para volver á encontrarse sobre un mismo punto de la tierra. Las mareas tienen lugar durante una lunación, cuarenta y nueve minutos mas tarde por día. Establécese, sin embargo, por regla general, y cabe establecerla, que en las seis primeras horas del día las aguas suben, en otras seis bajan, y así sucesivamente.

ALFREDO. ¡Admirable fenómeno por cierto! ¿Decís que es debido solo á la luna?

EL PADRE. La luna basta á producirlo; mas nunca son mayores las mareas que cuando concurren directamente la luna y el sol á atraer las aguas del Océano. En los novilunios y los plenilunios cuando sol y luna están en una misma línea, las mareas son muy altas; en las cuadraturas cuando sol y luna están en ángulo recto, las mareas son bajísimas. Obran los dos astros en un mismo sentido durante los novilunios y los plenilunios; durante las cuadraturas, en sentido opuesto.

ADELA. ¿Sabeis padre que os vais entrando sin sentirlo en consideraciones bien difíciles? Os habiais propuesto hablarnos de ilusiones y no de realidades. Enhorabuena que hubiéseis seguido diciéndonos algo de esas engañosas olas que habia creído siempre que nos venian de muy lejos; mas ¿á qué mentar ahora vuestras cuadraturas y novilunios?

EL PADRE. ¿Quieres entonces que siga destruyendo tus queridas ilusiones? ¡Pobre niña! Levanta los ojos y mira: ¿qué ves sobre tu cabeza?

ADELA. ¿Qué he de ver sino el cielo?

EL PADRE. Rasga también esta ilusión, porque ese cielo no está sino en tus ojos. El azul que ves es el color del aire, de este mismo aire que respiras.

ADELA. ¿Cómo, padre?

EL PADRE. Ven y sígueme. Recoge agua en el hueco de tu mano. ¿De qué color te parece?

ADELA. Blanca como la de la fuente.

EL PADRE. Mira, sin embargo, el mar. ¿Es blanca la superficie del Océano?

ADELA. No, sino azul.

EL PADRE. El agua en pequeñas cantidades es pues blanca, azul en grandes masas. Así del aire. Son también incoloras sus capas, mas azul su conjunto, el conjunto de la atmósfera. A cierta altura de la tierra ¿crees que verías ni aun ese color que tan hermosos sueños te ha inspirado?

ADELA. ¿Qué es lo que entonces se cubre por la noche de estrellas relucientes?

EL PADRE. ¡Pobre Adela! Esas estrellas relucientes están á millares de kilómetros de tu cielo imaginario. La altura del aire atmosférico no es de mas de 80 kilómetros. Recorre la luz 320,000 por segundo, y ha tardado nada menos que años en bajar de la estrella mas próxima á la tierra. Calcula á qué distancia de esa bóveda azulada no se ha de hallar la estrella. Está elevado el sol sobre nosotros á mas de 157 millones de kilómetros: baja de él la luz en 8 minutos y 13 segundos. Han de distar las estrellas millones de millones de kilómetros, lo mismo del sol que de nuestro pequeño planeta.

¿Crees por otra parte que ahora como de noche no pueblan el espacio? No las ves ahora porque su luz está eclipsada por la del sol; mas brillan y centellean como

en las tinieblas; y aun en lo mas claro del día podrías distinguirlas desde el fondo de un pozo.

ADELA. Y yo que habia imaginado siempre el cielo en lo alto...

EL PADRE. ¿Mas qué es para tí lo alto? Vives en un globo que gira sin cesar sobre sí mismo. No dejas nunca de ver tu cielo. ¿Como lo tienes sobre tu cabeza, no le has de tener debajo de tus plantas? Ese que llamas cielo está sobre tí, debajo de tí, á tu derecha, á tu izquierda.

ADELA. Siento ya haberos traído de nuevo á hablar de nuestras ilusiones, porque acabais de sumergir en un mar de dudas mi alma.

EL PADRE. ¿En un mar de dudas, Adela? Puede muy bien ser una ilusión el cielo de tus sentidos y no serlo el de tu espíritu. ¿Que hay de comun entre tu espíritu y tu cuerpo? ¿Corregir un error de tu cuerpo puede ser jamás negar una creencia de tu alma? No, á no ser que tu creencia descanse pura y simplemente en el testimonio de tus ojos.

¿Dudas tú también, Alfredo?

ALFREDO. No, mas he oído explicar el color de ese supuesto cielo muy de otra manera que se lo oí á vuestro buen amigo Carlos. Ese color que ves, recuerdo que dijo son los rayos azules del sol reflejados por la tierra.

EL PADRE. ¿Y te parece verdadera esta teoría? Mañana se cubre el horizonte, se cierra. No ves ya en la atmósfera los rayos azules. Subes á una cumbre que domine las nubes y sobre las nubes mismas vuelves á ver el azul del cielo.

¿Te indican ya algo esos hechos? La densidad de las nubes es muy distinta de la de la tierra. ¿Concibes que puedan reflejar la luz de un mismo modo ni que reflejen unos mismos rayos?

Mas la impresionabilidad de Adela es mucha. Mírala con la cabeza baja como una rosa que ha dejado marchita el hálito de un huracán ardiente. Llévemola á su buena madre para que la anime con el rocío vivificador de su palabra.

Ha sido trasladado al Museo de Antigüedades de Tarragona, el famoso mosaico llamado de Medusa, descubierta si mal no recordamos, hacia el año de 1845. La operacion aunque presentaba algunas dificultades, ha salido perfectamente y ha dado ocasion á que se publique una nueva descripción del mosaico, cuyo resumen creemos será leído con gusto. Está construido de piedrecitas de varios colores del tamaño de un grano de granada, perfectísimamente recajonadas. Cuando estaba completo debia tener veinte piés de largo por catorce de ancho y formaba el pavimento de una salita contigua á un baño romano: hoy se conservan de él poco mas de tres cuartas partes.

En el centro del mosaico hay una cabeza de Medusa de color y tamaño naturales, hecha de piedrecitas de la magnitud de un grano de arroz tan bien casados los colores y tan perfectamente combinadas las medias tintas, que no puede menos de suponerse obra de un grande artista. Hay quien hace superior esta pieza á las descubiertas en Herculano y Pompeya. A los lados de este cuadro habia otros dos de iguales dimensiones aunque no de tanto mérito. El de la izquierda estaba completamente destruido: el de la derecha se halla en buen estado y figura el pasaje mitológico de Perseo salvando á Andrómeda del furor de un monstruo marino. Cada uno de estos cuadros está rodeado de una cenefa y juntos forman un paralelogramo prolongado, al que circuyen tambien varias orlas: la primera representa faisanes, perdices, ciervos y venados perseguidos por perros imitados con toda propiedad; las demás tienen forma de greca. Por último todo el cuadro total está encerrado en un gran marco compuesto de una cenefa de círculos y mostachones alternados, de vivísimos y bien distribuidos colores.

Para la traslación de este mosaico desde el sitio en que se hallaba al Museo de Tarragona, ha sido preciso vaciarle por debajo, quitándole el lecho de mampostería sobre que se hallaba asentado, dejándole solo una débil cáscara de doscientos diez palmos de superficie por tres líneas de espesor, que es lo que tienen de grueso las piedrecitas. A seis palmos de tierra debajo del mosaico, se encontraron paredones arruinados y entre otros objetos, varios tientos de barro saguntino, con una inscripción ibérica uno de ellos, trozos de estuco de brillantísimos colores y en la parte mas profunda un ídolo de piedra del país que representa una pirámide cuadrangular con una cara toscamente esculpida en su vértice y unos caracteres al parecer caldeos en su base.

El exámen de estos objetos y la comparación que se ha hecho del mosaico en cuestion, con el célebre de Ampurias hacen creer que pertenece á una época anterior á la romana, tal vez á la griega.

En Arnaulti, aldea inmediata á Farsalia, se ha descubierto un sepulcro que por su inscripción parece ser el de Hipócrates. En su interior habia una sortija de oro, representando una serpiente, símbolo de la medicina, una cadénita, una hoja en forma de listón del mismo metal y un busto que se cree sea el del célebre médico de



Cos. La *Esperanza* de Atenas de donde tomamos estas noticias dice que los objetos han sido remitidos á Constantinopla por Hurni-bajá, actual gobernador de Tesalia.

## REVISTA DE LA QUINCENA.

Las funciones teatrales, las ferias, la esposicion de agricultura son los acontecimientos de la última quincena. De la esposicion que es sin duda el mas interesante como el mas útil y provechoso, el *Museo Universal* hablará con toda estension desde su inmediato número, ofreciendo á sus lectores un cuadro acabado y completo, así de la inauguracion y disposiciones del local, como de los productos presentados, su importancia y bondad comparativas y las consideraciones á que den lugar. Diremos aquí solamente que el 24 se inauguró con arreglo al programa formado al efecto y que aun están llegando objetos y espositores de las diferentes provincias, por lo cual no se podrá juzgar perfectamente del conjunto hasta los últimos días. El gobierno parece que piensa prorogar el término de este gran concurso, y hará bien. Entre tanto se preparan los catálogos y se trata de celebrar entre los espositores, comisionados é individuos de las sociedades económicas, conferencias sobre las cuestiones mas interesantes para la agricultura.

¿De las ferias qué hemos de decir que no se haya dicho desde los tiempos del *Curioso parlante* inclusive, hasta nuestros días? Están las ferias de Madrid tan vistas, tan descritas bajo todos sus aspectos y faces, que sería punto menos que imposible, y para nosotros lo es de todo punto, espresar acerca de ellas, una idea medianamente original. No hay que decir de nuevo ni siquiera que la Academia de San Fernando no ha dispuesto esposicion de pinturas porque esta es novedad que desde hace algunos años se repite con harta frecuencia. Solo la sociedad protectora de bellas artes, haciendo esfuerzos laudables por justificar su título, tiene abiertos sus salones, adornados de las obras de sus socios y protegidos.

En cambio respecto de funciones dramáticas tenemos abundante materia para hablar. Y ante todo hablemos de la Ristori.

Confesamos francamente que aquel título de marquesa del Grillo con que la anunciaban algunos periódicos como para realzar su mérito, habia producido en nosotros casi un efecto contrario. Con esta disposicion de ánimo, asistimos á la primera representacion de *Medea*, tragedia, no de Corneille como dijimos equivocadamente en el número anterior, sino de Legouvé, puesta en italiano por Montanelli; y quedamos no solo agradablemente convencidos de lo infundado de nuestras prevenciones, sino profundamente admirados del mérito insigne de esta artista. La hemos visto despues en *Mirra*, en *Maria Stuarda*, en *Pia de Tolomei*, en *Rosmunda*, en *Camma*, en *Fazio* y en todas nos ha parecido el tipo de la perfeccion del arte. Todos los periódicos han hablado ya de las dotes artísticas, del genio podemos decir, de Adelaida Ristori; y el entusiasmo que ha producido ha rayado tan alto, que en vano nosotros, pobres de imaginacion, pretenderíamos remontarnos en los elogios hasta donde han llegado los mas de nuestros colegas de la prensa. En este punto podemos decir lo que la Cordelia de Shakspeare en el *Rey Lear*:

.....Then poor Cordelia!.....  
And yet, not so; since, I am sure, my love's  
More richer than my tongue.

El sentimiento que nos ha inspirado el mérito de la Ristori es en efecto mas rico que nuestra pluma. Esta artista habla al espectador, no en italiano, sino en el lenguaje universal del alma; por eso basta tener alma para comprenderla. Su voz que se presta á todas las modulaciones, su figura que realiza el tipo severo de la antigua belleza griega, sus actitudes graciosas, académicas, sus gestos expresivos, sus miradas, todos sus movimientos imprimen en el ánimo de los espectadores, mejor que pudieran hacerlo las palabras, cada uno de los afectos que trata de espresar.

Donde hasta ahora hemos visto brillar mas las altas cualidades de la Ristori ha sido en *Medea*, pero debemos advertir que la tragedia de Legouvé es la de mayor mérito entre todas las que se han representado. Las demás no permiten que la artista despliegue sus grandes facultades en toda su estension; y en ellas tal vez hay que juzgarla mas bien por el esfuerzo que tiene que hacer para imponer restricciones á su genio trágico, que por las muestras que de él nos da. Despues de *Medea*, la tragedia mejor escrita es *Camma*: *Mirra* tiene un argumento que el público español no ve con gusto; *Pia de Tolomei*, *Fazio* y *Rosmunda* representadas por otra que no fuese Adelaida Ristori, correrian mucho riesgo de ser silbadas. Hoy debemos verla en el papel de lady Macbeth en la tragedia de este título, de la cual se ha hecho un arreglo no muy feliz; y hoy tambien se nos presentará como actriz del género cómico en la piececita *Igelosi fortunati*. Sin temor de equivocarnos, creemos poder anunciar que en este género agradará y entusiasmará al público tanto como en la tragedia, porque las cualidades que nos ha mostrado



JARRON ÁRABE (SACADO EN FOTOGRAFÍA).

hasta ahora, son cualidades de artista perfecta, que admiten y se estienden á todos los géneros.

Segun los apuntes biográficos que ha publicado uno de sus admiradores, fue en efecto en la comedia donde hizo sus primeros ensayos. Casada despues con el marqués, cuyo nombre ha hecho célebre, se retiró del teatro; pero habiendo vuelto á él en 1846 para contribuir á una obra de caridad, los laureles que recogió la hicieron formar la resolucion de continuar su carrera de triunfos y volver á ser la Ristori.

Aun tendremos el gusto de oirla en *Francesca de Rimini*, *Judit*, *Adriana* y *Fedra*, así como en alguna otra comedia. En el próximo número hablaremos de estas producciones y daremos el retrato de la célebre artista.

Mañana se abrirán las puertas del teatro de Oriente y hará su primera salida la Medori, cantante de quien tenemos las mejores noticias. Tambien se nos ha dado á conocer y á aplaudir en los últimos días la Vietti, contralto de mucho mérito y digna de figurar en una buena compañía.

La de zarzuela dicen que comenzará sus tareas en los últimos días de octubre y que el Sr. Camprodon, y otros que en la temporada anterior han entretenido al público con sus producciones, piensan mejorar este año el género, que á la verdad no fue de tan buena calidad como el público tiene derecho á esperar de su talento. La numerosa concurrencia que asiste actualmente al teatro de Jovellanos prueba que el público español, si acepta lo malo y aplaude lo mediano, cuando no hay otra cosa, sabe preferir lo bueno.

En el Príncipe se han inaugurado las representaciones con el drama del Sr. Rubi *Isabel la Católica*. ¿Hemos dicho que la Palma estaba ajustada en el Circo? Pues no es cierto: ha hecho ya su primera salida en el Príncipe. Este error nos quita el atrevimiento para asegurar que el Sr. Diaz empresario del teatro de que hablamos, está arreglando un drama nuevo con el título de *los tres banqueros*.

El de *Novedades* no nos ha dado estos días novedad alguna; pero en cambio ha puesto en escena con gran propiedad el drama *Luis XI* en que Valero desempeñando el papel de protagonista se eleva á la altura de los artistas de primer orden. Tambien se ha representado la *Flor de un día*, drama del Sr. Camprodon, cuyo desempeño muestra que en *Novedades* hay una direccion inteligente. Deseamos que este teatro prospere y para ello le aconsejamos que procure justificar su título. Lo peor de

todo, en arte y en literatura como en otras cosas, es faltar al programa que se tiene ó al título que se lleva.

En el Circo han continuado *sin novedad* las representaciones de la comedia del Sr. Larra.

Por esta revista, y por la parte no firmada del presente número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

## JARRON ARABE

HECHO POR DON A. PEÑAS.

Siendo las bellas artes para nuestra publicacion sino el único y principal objeto, el de mayor estima é importancia, tenemos el placer de presentar á nuestros suscritores en el grabado que están viendo, una copia del rico jarron árabe que el aventajado artista y conocido escultor D. Antonio Peñas, acaba de modelar para el Sr. Cruzada Villamil en los talleres de la Galeria de Bustos de Españoles Célebres, calle de Lope de Vega, núm. 15, donde se hallan espuestos al público ejemplares de este elegante jarro.

Hijo de la oriental Granada, el artista señor Peñas, visitando y estudiando siempre la rica joya, el inagotable tesoro de ornamentacion que encierran los altos muros de la suntuosa y sin par Alambra de Granada, ha comprendido y de tal modo se ha empapado en el estilo y manera de aquellos inimitables y primeros adornistas del mundo, que en esta clase de obras no nos parece el escultor contemporáneo, sino un artista árabe que alestargado cuando los dominara Isabel I, acaba de despertar ahora de un largo sueño. Véase sino el jarron que vamos citando, exáminese despacio tan bella obra de arte y díganos el mas entendido en la materia, sino está viendo en él la pureza de las líneas, el maravilloso tejido, el valiente calado y la oriental riqueza que atesoran los frisos, techos, puertas y ajimeces de los régios alcázares de Granada y Sevilla.

Reune este precioso jarron que no escapa de media vara de alto, á la ligereza de su forma, fiel traslado de la que tienen los que de mayor dimension hay en la Alambra, el mas grande esmero, la mas esquisita delicadeza, el cuidado mas prolijo y el mas exacto rigor geométrico en los infinitos ángulos, curvas, lazos, piñas, conchas, cintas y grecas que forman un dibujo tan elegante como rico. Por último el autor ha hecho que este verdaderamente maravilloso jarro, sea además de una obra de arte un precioso y elegante adorno, doblemente oriental por su riqueza y por su forma.

Reciba el autor nuestras felicitaciones y con ellas las de todos los amantes á las bellas artes.

## Geroglífico.



## PRECIO DE LA SUSCRICION.

MADRID.		PROVINCIAS.	
Por números sueltos á . . .	2 rs.	Tres meses . . . . .	14
Tres meses . . . . .	11	Seis id. . . . .	25
Seis id. . . . .	21	Un año . . . . .	45
Un año . . . . .	40	En el extranjero un año . . . . .	50

## DIRECTOR, D. J. GASPAS.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAS Y ROIG.  
EDITORES. MADRID: PRINCEPE, 4. 1857.